

LA EXPRESION DE LAS RELACIONES SINTACTICAS EN EL SISTEMA NOMINAL INDOEUROPEO Y SU CRISTALIZACION EN LATIN

J. A. MONGE MARIGORTA

Catedrático de Latín

INTRODUCCION

El presente trabajo consiste en un repaso o contabilización de los distintos procedimientos lingüísticos indoeuropeos para la expresión de las relaciones sintácticas ("indicadores de función"). Debe ser enmarcado dentro de la primera fase del Proyecto "Enseñanza interdisciplinar en el área lingüística del B.U.P.", desarrollada en el I.C.E. de la Universidad de Oviedo. Esta fase estaba prevista como de aportación de los conocimientos propios de cada una de las cuatro asignaturas contempladas (Griego, Latín, Castellano, Francés), con la perspectiva de llegar a una síntesis, homogeneización y racionalización de sus contenidos. No cabe duda de que este punto concreto que va a ocuparnos en las páginas que siguen es una contribución especialmente esclarecedora para este triple objetivo porque, al tratarse de lenguas todas ellas indoeuropeas (aunque de dos "generaciones" distintas), incide sobre lo que constituye uno de los ejes fundamentales de su común sistema lingüístico: la morfo-sintaxis del campo nominal.

El hecho de que esos procedimientos no sean idénticos en las cuatro lenguas, ni siquiera en cada pareja de la misma "generación", no quita interés a un análisis diacrónico de su aparición sucesiva, su coexistencia complementaria, su desaparición e, inclu-

so, reaparición; pues de todo esto ha habido en la lenta evolución, llena de vicisitudes, de la familia lingüística indoeuropea a lo largo de más de cinco mil años. Y esto a pesar de lo denostado que está el "historicismo" en las modernas corrientes lingüísticas. Pues si como reconoce Martinet (poco sospechoso de ese denostado "pecado"), "la experiencia demuestra que difícilmente se evita tocar, aquí y allá, en la diacronía desde el momento en que se trata de lograr, en una descripción sincrónica, cierta profundidad" (1), un análisis de este tipo es imprescindible cuando se trata de un estudio comparativo de lenguas afines y se pretende dar con las claves de sus semejanzas y sus diferencias, con vistas a lograr una "síntesis, homogeneización y racionalización" de sus contenidos, hasta donde sea posible, claro está. Así, el trabajo está dividido en dos partes, contemplándose en cada una una fase histórica diferente aunque sin solución de continuidad entre ellas:

- fase del indoeuropeo originario, del "protoindoeuropeo" que llama R. Adrados, reconstruido a base de la amplia gama de procedimientos comunes a los distintos grupos de lenguas indoeuropeas "históricas" de la primera generación (anatolio, indo-iranio, griego, itálico, balto-eslavo, etc.).
- fase latina, en su realización ya histórica y, además, básicamente literaria, analizada con un enfoque ya esencialmente sincrónico (aunque con los inevitables "excursus" de tipo diacrónico, ya hacia atrás, para empalmar con la fase anterior, ya hacia adelante, para hacer lo mismo respecto a las lenguas románicas).

Somos conscientes de que la cuestión que abordamos tiene, junto a su gran interés para los objetivos del Proyecto, una enorme complejidad, que le viene dada por varios factores: la gran variedad de procedimientos de diversa naturaleza, la diferente suerte que fueron teniendo cada uno de ellos (no ya en el paso de una fase a otra, sino incluso dentro de

la misma), la imposibilidad de superar el estadio de meras hipótesis o suposiciones por lo que se refiere a la reconstrucción de la fase "protoindoeuropea" y la dificultad para "fijar" los distintos avances, ya sean innovaciones ya desapariciones, en la fase "histórica", etc. Evidentemente es tarea arriesgada pretender una síntesis coherente de materia tan complicada, evitando caer en groseras simplificaciones, que no otra cosa nos proponemos. Para ello nos hemos limitado a una lectura contrastada de lo que sobre el tema dicen los manuales básicos más generalizados:

"Introduction à l'étude comparative des langues indo-européennes" de A. Meillet, ed. de la Univ. de Alabama, 1.964.

"Lingüística indoeuropea" de F.R. Adrados, ed. Gredos 1.975.

"Origen de la flexión nominal" de F. Villar, ed. C.S.I.C. 1.974.

"Evolución de las lenguas y reconstrucción" de A. Martinet, ed. Gredos 1.983.

"Morphologie historique du latin" de A. Ernout, ed. Klincksieck 1.953.

"Gramática histórica latina: Sintaxis" de A. Tovar, ed. A. Aguado 1.946.

"Introducción a la sintaxis estructural del latín" de L. Rubio, ed. Ariel 1.976.

"Eléments de phonétique et de morphologie du latin" de P. Monteil, ed. Nathan Université 1.979.

En principio, nos atenderemos en cada caso a la opinión más "consensuada" y, a fin de no recargar el aparato de "notas", recogeremos opiniones particulares sólo en los casos de mayor discrepancia, o que vengan más a cuento.

I. PROCEDIMIENTOS DE LA FASE "PROTOINDOEUROPEA".

1. El primer y discutido problema que nos sale al encuentro es el de la definición de lo que se entiende por "protoindoeuropeo", o indoeuropeo común o simplemente indoeuropeo, y su reconstrucción hipotética. Y cuestión más previa aún sería la de si cabe hablar en época alguna de "indoeuropeo" en singular o, más bien, de varios "indoeuropeos" o realizaciones dialectales indoeuropeas ya originarias, que es la opinión más generalizada. Respecto a su reconstrucción hay también dos tendencias: la tradicional, a partir de Brugmann sobre todo, que se basaba en los resultados de los grupos indo-iranio y griego predominantemente, por considerar estas lenguas como más arcaizantes o "conservadoras", y la más seguida actualmente, basada en el carácter más arcaizante, por datar su escisión de una época más antigua, del grupo anatolio (el hetita), y que toma como piedra de toque para la atribución de los distintos fenómenos y estructuras a la fase protoindoeuropea el que se observen o no en este grupo lingüístico. Aquí, coincidiendo con F. Villar, "a efectos prácticos consideraremos indoeuropeo todo aquello de que participen o hayan participado todas y cada una de las lenguas indoeuropeas conocidas" (2).

Pues bien: por lo que se refiere a nuestro tema en concreto, hay un consenso prácticamente unánime en que al indoeuropeo primitivo se puede retrotraer una gama muy rica (y de entramado muy complejo) de procedimientos para la indicación de la función sintáctica de los nombres. Siendo su naturaleza, origen, funcionalidad y suerte final muy diferentes. Y presentando también diferentes tipos de afinidad y complementariedad entre ellos. Un intento de clasificación, en base a su **naturaleza**, podría ser ésta:

- . n. prosódica: el acento.
- . n. morfológica: se pueden clasificar, según la vieja terminología de Humboldt, en procedimientos por
 - "mutación interna"

alternancia vocálica

alternancia consonántica (heteroclisia o alt. temática)

- "mutación externa" (mediante "morfemas segmentales" que dice R. Adrados): las desinencias.

. n. sintáctica (etimológicamente hablando): el orden de palabras.

Su origen se remonta a momentos evolutivos diferentes. En esta evolución del indoeuropeo anterior a las primeras "migraciones" que darían lugar a las distintas lenguas indoeuropeas "históricas", hay un hecho que establece por sí solo una frontera clara: la aparición de las desinencias, y con ellas, de la flexión propiamente dicha. De manera que es preciso hablar de un indoeuropeo no/pre-flexional y otro ya flexional (éste sería el llamado "protoindoeuropeo" aquí). El acento, las alternancias, el orden de palabras, procedimientos empleados en la fase preflexional, ante la mayor funcionalidad de las desinencias, perdieron en gran parte la suya, reducidos a un nivel de escasa y oscura supervivencia, con valor meramente complementario o "redundante" respecto a las desinencias; cuando no desaparecieron como tales indicadores de función (cosa que ya ocurrió en esta fase protoindoeuropea con el orden de palabras). En resumidas cuentas, el sistema morfo-sintáctico nominal del indoeuropeo reconstruible era ya esencialmente flexivo, con restos todavía activos de procedimientos no flexivos (aunque, por otra parte, también muy característicos y, por ello merecedores de un somero análisis, incluso en un estudio de este tipo).

2. Procedimientos no/pre-flexionales:

a) El acento: Parece ser que el acento remontable al indoeuropeo primitivo era de carácter "musical", es decir, consistía en elevar la altura tonal de la vocal acentuada. Había palabras tónicas y palabras átonas. En las primeras sólo una vocal podía ir acentuada y el lugar de ésta era totalmente libre (a diferencia de lo observable en la mayor

parte de las lenguas indoeuropeas "históricas" en que se tendió a restringir el campo acentual de la palabra, cuando no a fijarlo mecánicamente). Todas estas características posibilitaron su utilización como indicador de función en la fase más temprana. Ya mediante la oposición "determinante tónico" / "determinado átono" (que parece ser el procedimiento más arcaico y embrionario de marcar una relación sintáctica, ya sea del tipo nombre-nombre o nombre-verbo), ya mediante la oposición "acento en sílaba predesinencial" frente a "acento en sílaba desinencial" (el primero marcaría lo que luego serían casos "rectos" o "fuertes", N. y Ac., el segundo lo que serían casos "oblicuos" o "débiles", G., etc.). Respecto a su papel en la fase preflexiva, la mayor parte de los autores coincide en calificarlo de importante si no de fundamental. Así R. Adrados: "Sólo gracias a las oposiciones acentuales... es posible organizar la frase en lenguas monosilábicas no flexionadas" (3), (caso del Indoeuropeo más antiguo). Y Meillet: "No podríamos poner en duda que el papel del acento debió de ser considerable, al menos en un cierto período de la evolución del indoeuropeo" (4). En cuanto a su papel en fase ya flexional, en general se reconoce que debió tener un valor muy secundario, **redundante**, respecto a la caracterización de las distintas formas mediante desinencias; y, en todo caso, difícil de precisar. En las lenguas indoeuropeas "históricas" el acento experimentó cambios esenciales (tendencia casi general a convertirse en intensivo y a perder su movilidad), con lo que sólo quedan rastros de su morfologización en el grupo indo-iranio, el balto-eslavo, en alguna medida también en griego (tipo N. **poús** y Ac. **podá** frente a G. **podós** y D./L. **podī**), y poco más; es decir, allí donde la colocación del acento en la palabra conservaba una cierta libertad.

- b) La alternancia vocálica: las variaciones en los fonemas vocálicos, que originariamente eran simples

casos de "alomorfismo" libre, llegaron a morfologizarse en algunos casos, dando lugar a combinaciones (oposiciones) que, al menos en las fases más antiguas debieron de servir también para marcar la función de las diferentes formas resultantes de la misma palabra. Estas oposiciones se podían basar en

- presencia o no de vocal: grado pleno (P) frente a g. cero (Ø)

- timbre de la vocal: E | Ø

- cantidad: \bar{E} | \check{E} y \bar{O} | \check{O}

La oposición del primer tipo parece ser la que dio más juego en el indoeuropeo, tanto en la fase preflexional como en la flexional. Y, además, en estrecha relación con la oposición en cuanto a la colocación del acento. Así en las palabras disilábicas (ya fueran palabras-raíces o raíces alargadas por sufijo) de la época preflexional, el grado P' (más acento) en la sílaba inicial y el g. Ø en la final indicaría que la palabra iba "determinada" (hacia de "núcleo" del sintagma), y la combinación contraria (Ø | P') marcaría la función de "determinante" (complemento). Con la aparición de la flexión, la alternancia vocálica, lo mismo que la de acento, parece que siguió utilizándose, aunque ya como un indicador redundante: la combinación P' | Ø para los casos "rectos" o "fuertes" (N. y Ac.), frente a la combinación Ø | P' para los "oblicuos" o "débiles" (G. etc.). Sobre la alternancia de timbre la confusión es aún mayor y su morfologización es aún menos sistemática; la de cantidad parece una creación secundaria (no aparece en las lenguas más arcaizantes) y se trata de un hecho fonético, no morfológico.

c) La heteroclisís: se trata de un fenómeno raro en las lenguas "históricas", pero que parece fue muy "productivo" en las fases más primitivas (hay quienes ven en él el origen mismo de la flexión indoeuropea). Consistía en añadir a la raíz un

sufijo que presentaba una alternancia consonántica, de la que resultaban de hecho temas distintos, según la función de la palabra (por ejemplo, N./Ac. con una realización, resto de los casos con otra). Se conoce también como "alternancia temática". El caso más estudiado es el de la alternancia sufijo *-er-* / *-en-*, con restos en casi todas las lenguas indoeuropeas (latín *iter*, *itineris*) (5).

- d) El orden de palabras: Que el puesto de la palabra en la frase haya servido en el indoeuropeo primitivo para marcar su función, es el caso en que hay más discrepancia entre los distintos autores. Meillet, sin excluir "la existencia de órdenes habituales en ciertos giros", afirma tajantemente que "ninguna palabra tenía en la frase indoeuropea un lugar definido y constante"; "el orden de palabras tenía un valor expresivo, y no sintáctico" (6). R. Adrados sí admite una cierta morfologización del orden de palabras en "un estrato arcaico del protoindoeuropeo" en estrecha conexión con la oposición, ya señalada, entre palabra tónica / palabra átona. Así en su fase más primitiva la manera de marcar el determinante (complemento) frente al determinado (núcleo) en las formas todavía rudimentarias, tanto de sintagma nominal como de sintagma verbal, sería colocar el determinante (acentuado) delante y al determinado (átono) detrás. Aunque la coincidencia del acento, al ser el elemento redundante, podría no darse. Todo ello partiendo del análisis de las palabras compuestas, tipo **acrópolis**, , en que las dos partes corresponden a lo que originariamente sería una relación "complemento acentuado / núcleo átono" (7). Partiendo de esta misma observación, E. Crespo, en una interesante Comunicación al VI Congreso Nacional de EE.CC. va más lejos, reclamando para el indoeuropeo un orden Sujeto-Objeto-Verbo (SOV en la tipología de Greenberg), y un orden Complemento (determinante) núcleo (determinado) para el sintagma nominal, ofreciendo

abundancia de ejemplos de palabras compuestas que apoyan uno y otro orden supuestos: Gr. **strategós**, Lat. **parricida**, **sacrilegus** (8). En cuanto a la evolución posterior del uso del orden de palabras (y dándole de nuevo la palabra a Meillet), "la mayoría de las lenguas indoeuropeas han tendido a fijar más o menos el orden de palabras... Pero este orden varía de una lengua a otra, y casi por doquier subsisten huellas de la antigua libertad... Las lenguas románicas y germánicas modernas, con su orden de palabras fijo, no tienen casi nada de indoeuropeo en la construcción general de la frase; las lenguas bálticas y eslavas, por el contrario, con una declinación rica en casos y, por consiguiente, con un orden de palabras relativamente libre..., con alternancias de formas acentuadas y no acentuadas, son las que han conservado más supervivencias del tipo de frase indoeuropea" (9). Así pues, se puede concluir que la utilización del orden de palabras como indicador de función está en relación inversa con la riqueza de la flexión (como por lo demás ocurre con el resto de los procedimientos que llevamos vistos). Esto explica su relevancia en la fase pre-flexiva del indoeuropeo, su irrelevancia en el protoindoeuropeo y en las lenguas más arcaizantes de la primera "generación", y finalmente, su reactivación mayor o menor en las lenguas indoeuropeas actuales.

3. La flexión indoeuropea.

- a) Las desinencias: definición y origen. A juzgar por los resultados en las distintas lenguas indoeuropeas este fue el procedimiento que se impuso ya en el protoindoeuropeo, provocando la práctica pérdida de funcionalidad de los demás, como ya hemos visto. Las desinencias fueron el único procedimiento que alcanzó un alto grado de sistematización y un enriquecimiento progresivo, en todas las lenguas de la primera "generación": es el que dió lugar a la flexión propiamente dicha. Una

definición apropiada podría ser: "elemento flexivo (o morfema segmental, que diría R. Adrados) final de la palabra, que añadido al tema, expresa, en el sistema nominal, categorías de género y número e indica la función de la palabra en la frase".

Acerca del origen de este morfema se han sucedido dos teorías muy diferentes. La llamada de la "aglutinación", generalizada entre los "neo-gramáticos" alemanes del siglo pasado, según la cual las desinencias fueron originariamente palabras autónomas dotadas de una significación propia, que empezaron siendo acumuladas a otras como un caso más de composición, y que después por un proceso de gramaticalización intensa perdieron esa autonomía y se convirtieron en morfemas. (Se trataría sobre todo de antiguos pronombres). Modernamente esta teoría se ha descartado por ser una hipótesis que "escapa a la verificación" (Meillet), y se piensa que más bien se trata de antiguos alargamientos, de los muchos que "en libre distribución eran añadidos a las raíces sin que estas sufrieran una modificación en el sentido ni en la función" (10), es decir meros alomorfos, que se gramaticalizaron (pasaron a ser utilizados para marcar oposiciones formales) en un grado mayor que aquellos que dieron lugar a los sufijos. Como dice Vendryes (11), "sólo se les distingue de los sufijos por el empleo, pues el sufijo sirve para indicar la categoría general a que pertenece la palabra (nombre de agente, de acción, de instrumento, aumentativo, diminutivo, etc.), mientras que la desinencia indica simplemente el papel que desempeña la palabra en la frase". O si se quiere, los sufijos se cargaron de valor semántico y las desinencias de valor morfo-sintáctico.

La morfologización de estos primitivos "alargamientos" fue muy lenta y a base de tanteos (analogías, necesidad de diferenciación, corrimientos de categoría, etc.). La reconstrucción de este proceso se ha afrontado desde hipótesis muy

diversas. Parece poder afirmarse que los dos primeros alargamientos que entraron en juego fueron uno a base de *-s* y otro a base de *-m*, con diversas alternancias en el elemento vocálico (Ø/E/O). También parece haber acuerdo en que la aparición de la desinencia *-m* sirvió originariamente ya para indicar la función de "objeto" o "determinante" verbal. Respecto al valor originario de la desinencia *-s* (en sus distintas realizaciones), hay discrepancias sobre si empezó designando Sujeto nominal y de ahí se extendió al G. o al revés. A partir de este embrión de tres formas con desinencia, más la persistencia del uso del tema puro, fue desarrollándose el sistema casual indoeuropeo. (Para mayor ampliación sobre este complejo asunto, ver Martinet, o.c. pp. 100 y ss., Villar 251-67 y 295-9, R. Adrados 388-94).

- b) La declinación del protoindoeuropeo. Una vez aludido el origen de la flexión indoeuropea, toca fijar cuál fue el desarrollo de la misma remontable a la fase común, previa a las más antiguas escisiones. También aquí hay que plantearse la existencia de dos teorías, la "tradicional" y la moderna. Al fin y al cabo éste no es más que un punto concreto de la reconstrucción del protoindoeuropeo. Al hablar de ésta, en la pág. 3 del presente "epítome", ya veíamos como por un lado estaban los "Brugmannianos", que basaban la reconstrucción en los resultados del griego y sobre todo del indoiranio, y por otro la mayoría de los estudiosos modernos que, repitiendo a F. Villar consideran indoeuropeo (protoindoeuropeo en la terminología de R. Adrados, que hemos adoptado aquí) "todo aquello de que participen todas y cada una de las lenguas indoeuropeas conocidas". Y sólo aquello, se entiende.

Según la teoría antigua el paradigma de la declinación indoeuropea constaba de ocho casos: Nom. - Voc. - Ac. - G. - D.: - Loc. - Abl. - Instr.

Efectivamente este es el desarrollo alcanzado por la declinación del indoiranio, aunque sólo en el Singular y en los nombres temáticos. Los resultados en las demás lenguas son muy variados, y en ninguna se llega a ese "paradigma máximo" (R. Adrados): en hetita hay seis casos, en griego 5, en el grupo balto-eslavo siete, en latín seis, etc. Y entre ellos ha distribuido cada lengua a su manera las funciones de los ocho casos pretendidamente primitivos. Y cuando decimos "a su manera" queremos decir dos cosas: que la supuesta acumulación de significados en un mismo significante (el llamado "sincretismo diacrónico") no se ha producido según las mismas combinaciones, ni siquiera en aquellas lenguas que conservan el mismo número de casos: el hetita conserva N., G., Ac., Instr., Abl. y D.; el latín, ha sincretizado Abl., Loc. e Instr. en uno sólo; el griego incluye el significado del Abl. en el G. y los de Loc. e Instr. en el D. etc. Por otra parte, casos que coinciden en cuanto a su existencia independiente, resulta que no están marcados por la misma desinencia en las diferentes lenguas ni parece que lo hayan estado nunca. A pesar de estas incongruencias flagrantes, ha habido partidarios de la teoría "sincretista" que han ido más lejos, reclamando la existencia de otros dos casos: el "Lativo" (expresaría el c.c. de Dirección) y el "Sociativo" (el de Compañía), sincretizados con el Ac. y el Instr. respectivamente. Incluso alguno, como Hjelmslev, piensan en un estadio más antiguo y mucho más rico, como el de algunas lenguas caucásicas que cuentan hasta con cuarenta y ocho casos (11).

Modernamente, tras el "descubrimiento" de las lenguas del grupo anatolio (el hetita especialmente) y siguiendo el criterio de la coincidencia o comunidad de resultados entre las distintas lenguas, es doctrina común que el paradigma protoindoeuropeo constaba solamente de cinco casos:

cuatro bien caracterizados, al menos en singular: N. - V. - Ac. y G., más un quinto caso para las relaciones espaciales, o "concretas", expresado mediante el tema puro (a veces con alargamientos diversos no claramente sistematizados), y que coincidiría con el G. en cuanto a las oposiciones de alternancia vocálica y de acento (ver I, 2 a y b). El resto de los casos concretos que irían apareciendo luego en las distintas lenguas (por un fenómeno contrario al del sincretismo, bautizado por Monteil como "discrétisme" (12)) estarían en embrión en este quinto caso, pero su desarrollo no llegó a culminar en la fase protoindoeuropea. El sincretismo es admitido, pero para una fase posterior del desarrollo ya de las distintas lenguas por separado: de hecho la tendencia a la simplificación de la declinación, tras la expansión generalizada post-protoindoeuropea, es una ley de la evolución de la morfo-sintaxis de las lenguas indoeuropeas ya de la primera generación, no digamos de las de la segunda (las actuales) en que la flexión ha prácticamente desaparecido en la mayoría. Pero esta es otra cuestión, que analizaremos con detalle a continuación al estudiar la flexión latina.

II. PROCEDIMIENTOS DE INDICACION DE LA FUNCION EN LATIN.

1. "Composición de lugar": al plantearnos este tema de la expresión de las relaciones sintácticas en el sistema nominal latino, va a ser inevitable acudir también a un enfoque mixto diacrónico-sincrónico, y además, simplificando al máximo (con el peligro ya aludido que esto supone). Como ocurre con las demás lenguas indoeuropeas de su misma generación no hay solución de continuidad respecto a ese estadio protoindoeuropeo que hemos analizado (someramente), por más que entre éste y el más antiguo latino que podamos rastrear hayan pasado, por lo menos, dos

milenios de "silencio". Todavía quedan restos en el Latín clásico de aquellos procedimientos no flexionales de la fase más antigua del indoeuropeo. Y esto junto a una flexión que ha ido desarrollando (paralelamente a las demás lenguas "hermanas") aquel embrión de la declinación indoeuropea con soluciones propias que han ido variando, innovándose, sistematizándose, simplificándose hasta fijarse en el Latín literario a partir del s. III a.C.; pero sin fijarse en absoluto en el habla vulgar hasta nuestros días, en que ya no lo llamamos Latín (por lo menos desde el s. IX d.C.). Pero no sólo ha conservado más o menos bien, no sólo ha desarrollado los procedimientos indoeuropeos, sino que también (y asimismo de manera paralela a como ha ocurrido en otras lenguas indoeuropeas) ha creado y potenciado un procedimiento nuevo, el del uso de las preposiciones, que, si en el latín literario coexistía con las desinencias en un campo casual limitado, en el vulgar acabaría desbordándose hasta desbancarlas por completo, alterando hasta tal punto el sistema lingüístico que dejó de ser la misma lengua. Coexisten, por tanto, en latín procedimientos pre-flexivos, flexivos, post-flexivos, que datan de épocas muy diferentes y tienen una funcionalidad también diferente y además cambiante, todo lo cual hace necesario y, al mismo tiempo, difícil proceder a una ordenación de tan diversos "materiales".

2. Los procedimientos no/pre-flexionales en Latín: Ya hemos señalado que esta serie de procedimientos de la fase más arcaica del indoeuropeo no parece que llegaran nunca a constituir un sistema claro y distinto, realmente funcional, pues su gramaticalización fue sólo parcial, confusa, con frecuencia meramente redundante, imposible de ser sometida a reglas. En el protoindoeuropeo la concurrencia con las desinencias los redujo a un estado de meras marcas redundantes (era la desinencia **-(0,E,O)S** la que indicaba el valor de G. no que el grado P y el acento recayera en ella). En las lenguas indoeuropeas su papel se reduce

aún más, en el mejor de los casos como vestigios más o menos fosilizados, cuando no han desaparecido del todo. Entre ellas el Latín, y el grupo itálico en general, es de las que menos huellas conservan (y, desde luego, en un estado absolutamente "fosilizado") de los procedimientos originarios. Así, el papel morfológico de la movilidad del acento desapareció, simplemente porque el acento acabó fijándose mecánicamente en función de la cantidad de la penúltima sílaba en los polisílabos (llanos si era larga, esdrújulos si era breve) y los bisílabos siempre eran llanos (y el carácter tónico/átono de los monosílabos no tenía significación morfológica). No cabe hablar tampoco de alternancia vocálica de ningún tipo, aunque queden vestigios del tipo P/Ø como en **pater/patris, carol/carnis** (N./G.). Lo que sí se dan son "no coincidencias" a veces en el vocalismo predesinencial en formas de la misma palabra, ya sea de timbre (tipo **dominus/dominos, eques/equitis, manus/manibus**) ya de cantidad (tipo **manūs** (N.)/**manūs** (G.), **rosā** (N.)/**rosā** (Abla.)), pero no tienen nada que ver con lo que se entiende por alternancia, ni en cuanto a su origen ni en cuanto a su función: se deben a alteraciones secundarias de tipo fonético (apofonías, contracciones, alargamientos por compensación, etc.) o analógico. Lo mismo cabría decir de discrepancias en cuanto al lugar del acento, que también las hay (tipo **rosa/rosārum**, en que se impone la ley prosódica de la cantidad de la penúltima sílaba). Mayor vitalidad (o menor mortalidad) se observa en Latín en el caso del procedimiento que hemos llamado heteroclisis, o alternancia temática, sobre todo la del tipo **-r-l-n-**, aunque como en el resto de las lenguas "una vez que (la lengua) dispuso de un sistema de desinencias regulares... se convirtieron en verdaderas anomalías y tendieron a ser eliminadas" (12). Por la vía de regularización analógica: así los antiguos **iecur/iecinis, iter/itinis, femur/feminis**, empezaron a generalizar para todos los casos el tema en **-r-** (Gs.: **iecoris, femoris, iteris**, y

a partir de ahí el resto de los casos) o a superponer las dos realizaciones temáticas (N. **iter** frente a resto de declinación con un tema **itiner-**, probablemente a partir de un N. **itiner** que luego dejó de usarse). Todo este "barullo" deja bien a las claras el desconcierto que estos superarcaísmos provocaban en los usuarios de la lengua. Como en los casos anteriores también hay que decir aquí que en Latín hay casos de no coincidencia temática producto de fenómenos fonéticos tardíos como es el caso del paso de **-s** a **-r-** en posición intervocálica (tipo **ius/iuris** o **flos/floris**).

Sobre el orden de palabras en las distintas lenguas indoeuropeas ya hemos visto lo que dice Meillet (1,2 d). Respecto al caso concreto del Latín vamos a hacer nuestra la opinión (resumida) de L. Rubio (13): según este autor "existe en el período clásico un principio general que realmente rige la ordenación de las palabras latinas". Y aduce testimonios de grandes "especialistas" romanos que daban por supuesto un orden de palabras, natural, universal, propio, **rectus**, concluyendo que "de todo lo dicho se deduce que el Latín, como nuestras lenguas actuales, tenía un orden gramatical regular". Y llega a establecer unas "reglas generales del orden de palabras": A) En el sintagma predicativo normalmente el sujeto encabeza la oración y el predicado la cierra. B) En el sintagma determinativo, todo elemento determinante precede normalmente al determinado (ya sea adv.-verbo, adj.-sust., sust. complemento-regente, sea éste verbo o sustantivo). Lo cual (hacemos notar nosotros), nos retrotrae al estadio más originario de la lengua indoeuropea pre-flexiva (ver de Nuevo 1,2 d). C) Las preposiciones preceden al sustantivo que rigen; las conjunciones preceden a los términos que enlazan. Declarando a continuación que toda infracción a estas "reglas" es una "desviación estilística", ya sea en función "expresiva" (atraer la atención del lector sobre la palabra "desplazada") o estética (según el argumento de Quintiliano de que "con harta

frecuencia el estilo se haría duro, áspero, suelto y desaliñado, si se sometieran las palabras al imperativo de la ordenación que propiamente les corresponde"). Respecto a la cuestión clave aquí de si en Latín se puede considerar el orden de palabras como un procedimiento de expresión de categorías gramaticales, un indicador de función (ya como supervivencia arcaizante, ya como innovación particular), la postura de Rubio es matizada, pues, sin asignarle ese papel, sí lo considera un "indicio de orientación sintáctica" utilísimo y "no pocas veces una indispensable ayuda gracias a la cual la frase latina no se convierte en un enigma": especialmente "cuando hay sobrecarga de determinaciones sucesivas y en cadena" o "cuando un determinante puede aplicarse aparentemente con la misma verosimilitud, ya sea a un término que la precede ya sea a otro que le sigue en la cadena hablada". Y pone un ejemplo esclarecedor de esta utilidad del orden de palabras como indicio de orientación sintáctica tomado de Cicerón (Verr., 5,30): "inter eius modi viros et mulieres adulta aetate filius versabatur...", en que el orden "recto" ayuda a interpretar correctamente la frase, al hacer ver que el determinante "adulta aetate" se refiere a "filius" y no a "viros et mulieres". De manera que (concluimos ya nosotros) hay que reconocer en latín al orden de palabras un "cierto" valor gramatical, una cierta relevancia, y, además, como un rasgo conservador, arcaizante, y no como innovación.

Finalmente, una última supervivencia observable en Latín de la fase preflexional del indoeuropeo es la persistencia de formas sin desinencia (o con desinencia \emptyset), es decir de temas puros, tanto en la declinación regular (N.sing. de los temas en -a y en consonante no oclusiva, V.S. en todos los temas, N.V. Ac. s. de los neutros, excepto en la 2ª decl.), como en el primer elemento de las palabras compuestas arcaicas; por no hablar, ya fuera del sistema nominal, de las llamadas "partes invariables de la oración" (adverbios, preposiciones, conjunciones, in-

terjecciones) o de los numerales "cardinales".

3. La flexión latina.

a) Descripción: Empezamos por echar un rápido vistazo sincrónico a la declinación latina. Presenta una declinación de seis casos en singular y otros seis en plural: N. - V. - Ac. - G. - D. y Abl. Las desinencias que los caracterizan son comunes al género M. y al F. El género N. sigue una declinación especial sólo para los tres primeros casos, tanto en singular (desinencia \emptyset , salvo en la 2ª decl. en que se caracteriza con **-m**), como en plural (des. **-ā**). Conserva restos de un séptimo caso en sing. con indicación de circunstancia de lugar (Locativo), restringido a los nombres propios de "lugar menor" (ciudades esencialmente) y algunos nombres comunes. Pero, estrictamente hablando, el sistema casual en la práctica es más reducido: el V. sólo no se confunde con el N. en los nombres de la 2ª decl. (tema o/e) de género M. o F. en sing., con lo que estamos ante un práctico "sincretismo" (tomado no en sentido diacrónico) N.-V.. No es el único caso: con carácter general (en todas las declinaciones) en el plural sólo cabe hablar de un caso D.-Abl., y no de los dos por separado (con des. **-is** en 1ª, 2ª, y des. **-bus** en 3ª, 4ª y 5ª). Sincretismo más llamativo aún es el de las palabras Neutras, que aparte de estos generales y de los particulares de cada declinación (que en todas las hay; basta ver los valores de terminaciones como la **-ne** de la 1ª, **-i** y **-o** en la 2ª, **-us** en la 3ª, **-ei** y **-es** en la 5ª), "confunden" N. y Ac. tanto en singular como plural. Es por tanto, un caso intermedio entre las lenguas indoeuropeas de su generación: entre los ocho casos del "paradigma máximo" del antiguo indio y los cinco del griego o del grupo balto-eslavo. Y, por otra parte, en su aparente "redondez" y sistemática regularidad, presenta demasiados huecos o defectos en cuanto a su capacidad distintiva

de las diferentes funciones que las palabras pueden desempeñar en la frase. Lo cual tuvo importantes consecuencias, como ya veremos.

Tradicionalmente se les divide en dos bloques: por un lado N.-V.-Ac. (casos "rectos" o "fuertes") por otro G.-D.-Abl. ("oblicuos", "débiles"). Esta clasificación está hecha desde el punto de vista de su origen o derivación. Otra, que parte del estructuralismo, opone a los casos según el tipo de función que expresan: gramatical o sintáctica (puras relaciones de "determinación", respecto al verbo o respecto a otro nombre), y semántica o concreta (aportan una carga semántica propia y variable, predominantemente de tipo espacial o temporal). Según esto serían casos "gramaticales" el N. (Sujeto), el G. (determinante nominal) y el D. (determinación verbal "indirecta"). Caso semántico el Abl. (en el triple campo: separativo, instrumental y locativo). Caso mixto gramatical-semántico el Ac. (junto a la función "gramatical" de "determinante" verbal directo, opuesto al sujeto, expresa funciones "semánticas" concretas: dirección, extensión espacio-temporal, sobre todo). L. Rubio, en su magistral y polémica "Introducción..." (I, II, IV) distingue entre casos "nominales" (N. y Ac.) y "no nominales" (G.D. y Abl.), según "designen a las personas y cosas por lo que son en sí mismas, en toda su extensión como personas o cosas" o bien "por una característica accidental".

- b) En cuanto al proceso de formación de la flexión latina desde el lejano (en todos los sentidos) estadio del protoindoeuropeo hasta la aparición del latín "histórico" (en teoría a partir del s. VI, en la práctica sólo a partir del III a.C.), vamos a hacer sólo un breve apunte comparativo. Ya se piense en un "sincretismo" (teoría tradicional de la flexión de ocho casos indoeuropeos), ya se piense en un desarrollo particular de aquel "quinto caso" plurifuncional carente de desinencia, que sería la

"cantera" de los futuribles casos "semánticos", la evolución de la flexión latina, dentro del grupo lingüístico "itálico" primero, e independizada después, presenta rasgos comunes con las otras lenguas y rasgos originales: restos de locativo, independizado del D.; distinción entre G. y Abl., e inclusión en éste de los significados locativo e instrumental; la misma concurrencia entre el locativo y el abl.-locativo, etc. También en esto el latín ocupa un lugar intermedio entre las lenguas que han perdido (o no han desarrollado) casos "semánticos" (o "concretos" que dice Meillet), caso del griego, que no tiene ni locativo, ni abl. ni instrumental "distintos", y aquellas a las que les pasa lo mismo con los casos "gramaticales" (el armenio, por ejemplo).

4. La concurrencia desinencia/preposición en Latín:

- a) El hecho: Como dice Meillet a propósito del desarrollo de los "dialectos" indoeuropeos (14), "sólo la adición de preposiciones ha permitido expresar con precisión los matices "concrètes" (semánticos), "así en lat. **eo in urbem, sum in urbe, venio ex urbe.** Por consiguiente se ha tendido a establecer el uso de poner una preposición allí donde hay un sentido concreto que expresar". El latín no es una excepción. De ahí que se haya tendido a "hipercharacterizar" las funciones semánticas (complementos circunstanciales) además de mediante las desinencias de los casos que las expresan (Ac. y Abl.) mediante una preposición "cargada" con el sentido concreto de que se trate. Dando lugar así a una oposición desinencia / preposición, en que la segunda funciona como término caracterizado y la primera como neutro o redundante. El proceso de hipercharacterización no se extendió por completo: dada la función de "aclaradores de función" que tenían prácticamente las preposiciones (y que explica que no fueran necesarias en el caso de las funciones

"gramaticales", bien distintas, de N. G. y D.), su expansión ha parado allí donde por otros medios la función quedaba clara: por el significado de la palabra en cuestión (nombres propios de ciudad como c.c. de dirección en Ac. sin prep.; nombres de unidad de tiempo, c.c. de tiempo, sin prep., etc.) o por el contexto, sobre todo por el significado o composición del verbo regente (verbos con significado de separación, origen, carencia, etc., hacían innecesaria la preposición para indicar esas funciones; etc.), o bien por oposición estructural interna: esto explica que los abl. de tipo instrumental no necesiten preposición (preposición \emptyset), ya que los otros dos "términos", el abl. locativo y el separativo, ya iban marcados por preposiciones distintas (IN/EX, AB, DE respectivamente). Es decir, un ejemplo claro de "economía lingüística".

- 5) Sobre el origen y significado de las distintas preposiciones, vamos a seguir el parecer de A. Tovar y L. Rubio, respectivamente. Dice el primero (15): "Las preposiciones son en su origen adverbios o partículas independientes con sentido local. De la situación primitiva son muestra las preposiciones (como **super, ante, contra, infra, intra, iuxta**, etc.) que en latín todavía pueden funcionar como adverbios. Para que los primitivos adverbios llegaran a ser preposiciones, bastó con que estas partículas empezaran a quedar adscritas en su uso a casos determinados de la flexión". Además señala otros restos en latín de su autonomía originaria como la tmesis y la anástrofe, su uso como preverbios (soldados y a veces sueltos). De ese sentido primitivamente local se derivarían el temporal, inseparable de aquel, y los demás sentidos figurados.

La traducción de las preposiciones plantea dos problemas importantes: por un lado el de su "aparente" polisemia (basta ver en un buen diccionario la cantidad de significados que nos

da sobre todo de las preposiciones más usadas); por otro los "aparentes" frecuentes casos de sinonimia o "indiferencia" de significado. Para Rubio (16) "sinonimia y polisemia son ilusiones y obedecen a las mismas razones contextuales". Analiza el caso de **IN**: "a favor de / en contra de", y dice que "la representación mental del hablante latino es la misma en los dos casos... el **In** mira a la noción única de "dirección" o "incidencia" sobre el término en acusativo; y depende del contexto la posible interpretación como favorable o desfavorable". Y a propósito de la pretendida sinonimia entre **EX**, **AB**, **DE**, establece una oposición entre ellas, que podría ser la siguiente

AB (de las proximidades) | **EX** (del interior)
DE (no caracterizado)

Y trae en su ayuda la opinión de V. Brondal: "En la práctica gramatical y lexicográfica se insiste generalmente sobre la variabilidad de las preposiciones (según la situación, el objeto o la función sintáctica)... En cambio, lo que regularmente falta es... la fórmula unificadora capaz de explicar precisamente cómo esas variantes son variantes de una sola y misma unidad... Una preposición tiene un significado central y uno solo, cualquiera que sea el objeto al que se aplique".

5. La indicación de función en latín vulgar tardío (el latín "proto-romance"). Ya hemos visto como la aparición de las preposiciones como procedimiento de indicación de la función, concurrente con las desinencias, se debía a la necesidad de una mayor claridad, derivada de los "defectos" que en cuanto a capacidad "distintiva" tenía la declinación latina, sobre todo en lo que se refería a las funciones "semánticas" (sincretismo de funciones semánticas diferentes en el Abl., concurrencia de funciones semánticas y gramaticales en el Ac.). También hemos visto como esta "confusión" estaba acentuada por las coincidencias de

terminación entre casos diferentes. Y esto en el latín "clásico", literario, normativo.

En el latín "vulgar", hablado, "rústico" (que dirija Varrón), por la confluencia de una serie de factores de diversa índole, la confusión llegó a ser prácticamente total, con lo que el uso de las preposiciones acabaría imponiéndose como el único procedimiento de indicación de funciones realmente operativo. El factor determinante de este proceso fue de tipo fonético: la evolución de las vocales y consonantes en posición final. En el consonantismo el hecho más decisivo para lo que ahora nos importa fue la desaparición de la *-m* final: con tendencia a la "caducidad" ya desde época arcaica, es omitida ya con frecuencia en las inscripciones Pompeyanas y según Quintiliano había quedado reducida a una especie de resonancia nasal, que al final también desaparecería, sin dejar rastro; la única huella conservada está en monosílabos tipo *cum* > *con*, *quem* > *quien*, *quam* > *cuan*, *tam* > *tan*, en la que la *-m* latina > *-n* romance. Dada la importancia de la *-m* final en la declinación latina (Ac. sing., G. pl., neutros de la 2ª) no hay que insistir en la trascendencia de este fenómeno para la cuestión que nos ocupa. En cuanto al vocalismo final hubo alteraciones de todos los tipos: la distinción de cantidad vocálica desapareció ya a partir del s. III d.C.; el diptongo *ae* se monoptongó en *e* ya desde el s. I a.C. y así lo confirman las inscripciones pompeyanas (cuestión básica en la 1ª decl.); a partir del s. III d.C. se constata ya por doquier la confusión entre *-i/-e* y *-u/-o* (los finales *-os* y *-om* en vez de *-us* y *-um* son numerosas en Pompeya). Si repasamos las consecuencias de todo esto para la declinación latina, vemos que a partir del s. III d.C. era ya casi inexistente. Junto a este factor fonético-morfológico, hay otro de carácter sintáctico: giros preposicionales que "invaden" el terreno de los casos gramaticales (por ej. *ad* más Ac. en vez de *D.*, *de* más Abl. en vez de *G.*, etc.), o el de sentidos

"semánticos" que normalmente no necesitaban preposición (el Instrumental, que empieza a ser marcado por **cum** y **per**, adelantado así la solución romance). Por otra parte, las preposiciones, que, en latín clásico, tenían un valor semántico claro y concreto, ligado a un caso determinado, se "morfologizan" o "dessemantizan" progresivamente... Todo esto hizo, como ya hemos dicho, que la declinación desapareciese y que al final, en latín vulgar, sólo se usasen dos casos: el N.-Sujeto y el Ac. como "caso régimen universal", expresando cualquier función y con cualquier preposición (único indicador de función que sobrevivió). Al final el Ac. llegaría a sustituir hasta al N. (excepto en las Galias, a juzgar por la pervivencia de la diferenciación en francés antiguo y en provenzal). Lo cual explica los resultados del léxico nominal en las lenguas romances (derivados tanto en singular como en plural, especialmente en plural, no de la forma del N. latino sino de la del Ac., con desinencia \emptyset en sing. y -s en pl.) (17).

NOTAS

(Señalaremos o.c. para las obras citadas en la página 3 de este estudio).

(1) O.c., pág. 14.

(2) O.c., pág. 26.

(3) O.c., pág. 979.

(4) O.c., pág. 153.

(5) Este tema será especialmente estudiado en F. Villar, o.c. págs. 205 y ss.

(6) O.c. pág. 365.

- (7) Ver R. Adrados, o.c. págs. 1.002 y ss.
- (8) "El orden de palabras en griego". Actas VI Congreso N. de EE.CC., II, pags. 287 y ss.
- (9) O.c., pág. 370.
- (10) O.c., pág. 43 (y en general, de 37-45).
- (11) Citado en F. Lázaro Carreter: "Diccionario de términos filológicos", pág. 136, ed. Gredos, 1.974.
- (12) O.c., pág. 143.
- (13) O.c., tomo II, págs. 13-42.
- (14) O.c., pág. 438.
- (15) O.c., págs. 85-87.
- (16) O.c., págs. 165-176.
- (17) Todo este apartado está basado esencialmente en V. Vaanänen: "Introducción al Latín vulgar", ed. Gredos, págs. 61-77, 116-122 y 176-190.